

Gemma Avenoz, *La Biblia de Ajuda y la “Megil-lat Antiochus” en romance*, Madrid, C.S.I.C., 2001, 215 págs.

Conviene comenzar advirtiendo que el título de esta monografía puede resultar engañoso, pues se refiere solamente al objeto de investigación elegido por la profesora Avenoz -este romanceamiento castellano de la Biblia conservado en el ms. 52-XIII-1 de la Biblioteca de Ajuda- no al proceso de análisis -codicológico, filológico, sociológico- empleado, que se revela tan valioso como los resultados obtenidos.

En principio, cabe señalar que el libro se inscribe en la corriente de estudios -por desgracia bastante escasos- centrados en las traducciones de la Biblia y en la compleja transmisión que sufren esas versiones a lo largo de los siglos medios; han sido valiosas, en este sentido, las aportaciones de M. Morreale, que han cuajado en España en los trabajos de edición de Pedro Sánchez-Prieto y J.B. Horcajada, referidos a la *General estoria*, así como la sistematización de fuentes coordinada por Horacio Santiago-Otero; faltaba, con todo, una aproximación a estos textos desde la perspectiva de la historia misma del código en que se ha preservado ese concreto romanceamiento, a fin de reconstruir las circunstancias a que esa obra sirvió y poder describir los contextos de producción y de recepción de estas traducciones. Se involucran, así, diferentes metodologías en torno a este ms. de Ajuda: por una parte, se realiza un esmerado examen codicológico, se describe -con ayuda de breves apuntes conservados en la hoja de guarda- la trayectoria de ese libro, se establece un análisis comparatista del texto con otras versiones sobrevivientes de la Biblia, se destaca, en fin, una de sus partes -la historia de los Macabeos- por el valor intrínseco que presenta. Este último fue, de hecho, el punto de partida de la pesquisa que llevara a G. Avenoz a interesarse por este testimonio bíblico: la noticia que diera el prof. A.A. Nascimento de que ese texto de

los *Macabeos* “no se parecía a ninguna de las versiones latinas conocidas” (xiii). La necesidad de perseguir el origen de esa redacción -pensada y sentida como un verdadero *roman*- es la que obligó a enfrentarse a una serie de cuestiones, mal resueltas por la crítica, y que afectaban a las causas por las que este ms. castellano había acabado en tierras portuguesas o a los vínculos que podía llegar a tener con otros productos similares; de ahí, el valor del capítulo inicial en que se traza un panorama de los romanceamientos hispánicos de la Biblia, en que se tienen en cuenta códices castellanos, catalanes y gallego-portugueses, los conservados, claro es, pues primero se valora el entramado de prohibiciones y persecuciones de este tipo de libros, una actividad que se aplica con mayor dureza en el Levante español, que en tierras castellanas, en donde muchas Biblias fueron salvadas por ser remitidas -se menciona al arzobispo Quiroga- al rey, en vez de ser arrojadas directamente a la hoguera. De este modo, se describen las biblias romanceadas a partir del hebreo, las que lo son a partir de la *Vulgata*, o las que se construyeron solamente en hebreo, y todo ello con el propósito de rastrear la fuente de esa traslación tan peculiar de *Macabeos*, abierta hacia el mundo caballeresco.

El examen codicológico le permite ratificar la fechación de Moldenhauer (1928) que situaba el ms. en el s. XV, frente a la de C.A. Ferreira que lo emplazaba en el s. XIV; ello es importante porque, en este caso, se suponía que el rey don Alfonso, antiguo poseedor del libro, según reza una nota de guardas, era Alfonso XI, cuando en verdad tiene que tratarse de Alfonso V de Portugal; en cualquier caso, todas las características físicas del código demuestran que se trata de un producto de un taller organizado, que contaba al menos con tres copistas -de hecho, se identifican claramente tres manos- y con dos iluminadores, uno dedicado a las iniciales, el otro a las importantes miniaturas -de las que se ofrece una buena muestra en las páginas de cierre- que han servido de eficaz ayuda para la reconstrucción del contexto en que se creó esta versión, considerando las indumentarias vestidas por los personajes. De este modo, el ms. se formó en el primer tercio del s. XV, no se completó, por cuanto no se trata de una copia íntegra de la Biblia; esta circunstancia se aprovecha para intentar comprender la génesis del mismo, así como rastrear el hilo de sus poseedores.

La historia del ms. lo sitúa en la década de 1420-1430, en un período en que se están produciendo importantes conexiones linajísticas entre las cortes peninsulares; si el código figuraba entre los libros de Alfonso V, una de las vías -y es la que sugiere sobre otras G. Avenoz- por las que pudo llegar a sus manos fue con ocasión del enlace de don Pedro de Coímbra con Isabel de

Urgel, la hija de don Jaime, el rival de Fernando de Antequera a la corona aragonesa; esta circunstancia es oportuna; no sólo se trata del instigador, si no autor, del *Libro del infante don Pedro*, también es el padre del condestable don Pedro de Portugal, que será elegido, en la segunda mitad de siglo, como rey de los catalanes, al fallarles a los ciudadanos de Barcelona Enrique IV cuando le entregaban la corona del reino para librarse de Juan II y doña Juana Enríquez; ese *Libro del infante* pertenece tanto al género de los libros de viajes como al de los itinerarios hagiográficos; hay en esa línea familiar un uso metódico y consecuente de la propaganda religiosa, casi mesiánica, para apoyar sus intereses políticos; poco tiene esto que ver con la Biblia de Ajuda, pero no puede desligarse este testimonio del contexto de intercambios culturales que se están produciendo entre estas cortes peninsulares; ésa es la década en que don Alfonso de Cartagena viaja a Lisboa para concertar los tratados de paz entre los dos reinos, o en que debe situarse la traslación y difusión de la *Confessio amantis* de Gower; esta última referencia conduce a la ciudad de Ceuta, claro es, porque esta misma Biblia fue a parar a manos de Pero Benítez, habitante de esta villa, a quien el rey regala el libro; luego, se vende a un almoxarife llamado Diogo Rodríguez, lo adquiere después Maese Fernando, miembro de una dinastía de cirujanos, ingresando finalmente en la Biblioteca de Braganza; no conviene olvidar que este linaje se enfrentó a Juan II de Portugal, ya en las últimas décadas de siglo, con ayuda, más o menos velada, del entorno isabelino; a esta reina, a la Católica, curiosamente, se adjudicaba otra Biblia, la albergada en el escurialense I.I.3, que es la más cercana a la de Ajuda, hasta el punto de poder afirmarse que contienen, salvo rúbricas y la versión de *Macabeos*, el mismo texto; con todo, esa versión del Escorial no pertenecía a Isabel I, sino que fue preparada c. 1450 para un noble castellano.

Las singularidades de la versión de *Macabeos* son notables; se quiebra la división en dos libros de la historia bíblica tradicional, se refieren -con bastante confusión- las hazañas de los personajes históricos equivocándolas, se atribuyen los hechos del padre al hijo, los de un hermano a otro; todos estos detalles demostraban que este relato no podía provenir de romanceamiento alguno o de una versión hebrea o latina, sino que debía de existir una tradición oral, interesada en esta historia y que, en virtud de esta transmisión la habría acabado transformando profundamente; G. Avenoz -y es una de las principales aportaciones de este estudio- logra identificar esta fuente: se trata de una narración aramea, de tono leyendístico, la *Megil-lat Antiochus*; es más, resulta factible que se trate de la versión más antigua en una lengua

vernáculo de este texto, un romanceamiento que estaría conectado al uso que del mismo se haría en la liturgia, asociado a la celebración de la Hanukká.

Precisamente, este estudio se cierra con una edición de esta versión castellana (pp. 141-155) que debe ser puesta en correspondencia con toda la para-literatura caballeresca que a lo largo de esta centuria se produce.

Al margen de estos resultados, la monografía, como se ha advertido, es modélica por el método de análisis, plural y multidisciplinar que se emplea; no es ya sólo el texto que los códices albergan lo que debe interesar, sino la historia de ese volumen, las circunstancias de su producción y de transmisión los elementos que deben tenerse en cuenta para comprender realmente cómo una obra se configura, se lee y se convierte en objeto, también en signo, de los modelos culturales que la requieren.

Fernando Gómez Redondo
Univ. Alcalá de Henares

Alfonso X el Sabio, *General estoria. Primera parte*, ed. de Pedro Sánchez-Prieto Borja, Madrid, Biblioteca Castro, 2001. Vol. I. *Génesis*, 576 págs.; vol. II: *Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio*, 1002 págs.

Con la publicación, en esmerada edición crítica, de la *Primera parte* de la *General estoria*, inicia la Biblioteca Castro el ambicioso proyecto de editar, por fin, la historia universal que concibiera el Rey Sabio como imagen, suprema y absoluta, de su poder político y de su visión cultural. Inés Fernández-Ordóñez se encarga de dirigir este proceso de restauración -porque no es otra la palabra que debe emplearse- cronística, que abren estos dos volúmenes; ha de pensarse que eran muchas las secciones -cuando no partes- de esta enciclopedia cronográfica que permanecían aún sin publicar; las dos primeras partes sí lo habían sido por Antonio García Solalinde, con más garantías la *Primera* que la *Segunda*, aunque con unos métodos ecdóticos que ofrecían más de una dificultad para la lectura e interpretación del texto; la *Tercera*, salvo los *Libros de Salomón*, sigue constituyendo un verdadero enigma, parcialmente resuelto por la aparición reciente de un ms. que contiene fragmentos desconocidos de su compilación; las tres partes últimas deben leerse, con muchas precauciones, en las transcripciones medio paleográficas del Hispanic Seminary of Medieval Studies, necesarias para la elaboración de concordancias uniformes, pero no seguras en cuanto a los resultados ofrecidos